

**DESCRIPCIÓN
DE LOS MOJOS**

(1754)

INTRODUCCIÓN

DESCRIPCIÓN DE LOS MOJOS QUE ESTÁN A CARGO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN LA PROVINCIA DEL PERÚ AÑO DE 1754

Archivo de la Provincia SJ de Toledo (Alcalá de Henares)
leg. 3, nº 7

[f. 1]

§ 1º

Descubrimiento de esta tierra y naciones que la pueblan

Por varios mapas de estas Misiones que han salido al público consta de su altura y extensión al sur de 1º a 2º grados; consta también de sus límites y que son la sierra cordillera montuosa del Perú por sur y poniente; y por oriente y norte, las tierras de Portugal continuas al Brasil cuyos términos aún no están averiguados. Y esta parte es en donde queda mucha gentilidad que reducir y por donde se extiende la conquista espiritual de estas Misiones, porque la que mira a la sierra, como la que registraron los misioneros, ya es toda casi de cristianos, pues sólo hay una u otro parcialidad, como los Yuraques, Mayas [?], etc.

Llámanse misioneros de Mojos, no porque los indios de este impuesto nombre sean los únicos que las habitan, sino porque fueron los primeros que fueron visitados de los jesuitas misioneros y recibieron nuestra Santa Fe Católica antes que las demás naciones. Mas este nombre Mojos no era distintivo de la nación a quien se lo aplican, sino impuesto por los españoles y en modo hay variedad de opiniones, pues se dice que fue por escarnio de esta modo: el primer indio de estos que vivieron en sus tierras adonde con otros salió a comerciar, se dice está manchado como leproso de las picaduras de mosquitos y zancudos (de que hay plaga en estas tierras) y padeció en los montes; por eso, para burlarse le llamaron 'mojo' y que de ahí transcen [f. 1v] dió al nombre de todos los demás de su nación o lengua que se descubrieron. También se dice que el motivo de dicho nombre fue porque a dicho indio preguntaron los españoles de qué nación era y él juzgó le preguntaban su nombre, el cual era 'Mojo' y así profirió, oyendo lo cual los españoles juzgaron era nombre de su nación, induciéndolos a este juicio el saber había hacia a estas partes una nación de indios que en tiempo de los Reyes Incas se llamaba 'Mussu' y donde hicieron jornada, como refiere Garcilaso de la Vega, los primeros españoles, a la que llamaron ellos nación de los Mojos; y el nombre de un solo indio se dió a toda la nación de aquella lengua; y esta opinión parece la más verosímil.

Dió ocasión a este descubrimiento un esclavo fugitivo de Santa Cruz de la Sierra que, retirándose a las espesuras de los montes e internándose mucho, por medio de las diligencias de su amo penetró a estas llanuras, vivió algún tiempo amestado con estos indios y volvió después a Santa Cruz, en compañía del que arriba hablamos. Con esta noticia los vecinos de aquella ciudad hicieron varias entradas a las primeras rancherías de éstos, ya a comerciar con los amigos, ya a coger los que no lo eran, para servirse de ellos por criados que llaman 'piezas'.

La multitud y diversidad de lenguas de estas gentes ha dado motivo para explicar con nombre de naciones los habitantes de las distintas rancherías que se hallan en este país, si bien se halló pueblo tan corto, que no llegó a 10 el número de los indios; y la población mayor no pasaba de 800 almas. Se hallaban varios pueblos de una misma lengua; pero otros en que era única la que se hablaba, sin encontrarse semejante entre las demás. Y la diferencia entre estas lenguas suele ser como de la Española y griega y más; son difíciles a la pronunciación por defecto de *[de las]* letras A.D.F.L.G.N.O., de que carecen varias de ellas; también, por aspiraciones y guturaciones, ya en la nariz, ya en la garganta, que confunden el tono de las voces y no percibe el oído más que el sonido o ruido de la confusa articulación. Gran trabajo para los primeros misioneros.

[f.2] En los pueblos de indios que tenían tratos y amistades con otros había varios que sabían ambas lenguas y éstos servían de intérpretes a los fundadores, dependiendo la de una nación para tratar con la otra; asimismo, en las naciones entre sí enemigas se hallaron esclavos de muchos años de cautiverio con inteligencia de la lengua nativa y de la de sus amos, de quienes se aprovecharon los misioneros para comunicarlas.

Conforme se han ido fundando los pueblos se han reducido también a una lengua común todos los indios agregados. Y ya se ha reducido toda la multitud y variedad a solas estas 10: moja, mobima, canisiana, bauri, sapi, cayababa, mure, itonama, ruma, rocoroma. Las demás, o ya son muertas o, por falta de uso, están ya casi olvidadas. Mucho cuidado tienen los Padres de que no hablen los indios sus lenguas particulares, sino actúen la común del pueblo en donde habitan, para que se hallen expeditos en las confesiones y perciban los *[sic pro: lo]* que se les enseña y predica.

Divídese esta Provincia de Mojos en 3 partidos o regiones: Río, Pampas y Baures. ‘Río’ se entiende el Mamoré, que se lleva la antonomasia del nombre, por hacer él solo con la comodidad de habitación y número de gentes que viven en los pueblos de una y otra ribera *[de]* una de las 3 dichas regiones, lo que no se ve en los otros 2 *[ríos]* que se disputan el caudal de aguas, que son el Beni y el Itenes. En él se han fundado 6 pueblos de cristianos, que son Nuestra Señora de Loreto, Santísima Trinidad, San Francisco Xavier, San Pedro, Santa Ana, la Exaltación de la Cruz. Pampas se llaman las llanuras de la falda de la serranía del Perú; en esta región hay 5 *[sic pro: 6]* pueblos: Los Santos Reyes, San Pablo, San Francisco de Borja, San José, San Luis y San Ignacio. Baures tomó la denominación de la primera nación convertida y es el extremo de estas Misiones por donde confina con los portugueses. Hay en este partido estos 8 pueblos: Nuestra Señora de la Concepción, Santa María Magdalena, San Miguel, Santa Rosa, San Joaquín, San Martín, San Nicolás y San Simón.

El temperamento de estas provincias en todas 3 partes es muy caliente y húmedo; el calor demasiado *[f. 2v]* proviene, además de estar en la tórrida zona, de lo bajo del terreno y ser, fuera de eso, igual, sin cerros, lomas o eminencia alguna notable, no encontrándose en gran parte o en la mayor de este terreno piedra alguna ni del tamaño de una avellana. Los habitantes de los pueblos del centro, si necesitan piedra han de caminar 100 leguas hasta la serranía a traerla y son preciosas aquí las piedras que en otras partes sirven de estorbo en los caminos y calles.

La demasía de la humedad proviene de la frecuencia de los ríos y lagunas y de la exorbitancia de lluvias 8 meses del año: empiezan por octubre y acaban por junio, siendo más raros los aguaceros de aquellos 4 meses. Frío, y bastante, se siente algunos días que corre *[el]* sur muy

fuerte, pero éste suele durar una semana y después vuelve el calor intenso con mas fuerza. Esto califica a esta tierra de malsana y los enjambres de mosquitos que las humedades levantan, des

apacible y odiosa para habitación de españoles, que sólo por necesidad entran a comerciar por el verano y en breve dan vuelta a sus sasas huyendo de tan nocivo temperamento.

§ 2º

Entrada de los misioneros y fundación de los primeros pueblos

No obstante lo adverso de este clima, los jesuitas (como tienen de costumbre) sacrificaron su salud y vida a la caridad y celo de la conversión de las almas. El P. Pedro Marbán fue el primero que, encendido en el deseo de la salvación de las almas, determinó a probar fortuna viviendo en estas tierras concertóse con los españoles que entraban a comerciar para que lo trajesen a los primeros ranchos y lo dejasen entre los bárbaros, sin más subsidio para su manutención que la confianza en Dios ni más escolta para su defensa que la Divina Providencia.

[f. 3] Estuvo entre ellos por espacio de [¿...? ¿6?] años, sufriendo indecibles trabajos y desprecios hasta que, en premio de su paciencia, fue Dios servido de que se dispusiesen los ánimos y diese principio a la fundación del pueblo de Loreto. Casi al mismo tiempo se fundaron por unos misioneros que entraron los pueblos de la Trinidad, San Javier, San Ignacio y San José, de la misma nación Moja, que se repartió entre ellos, mezclándose con otras de varias lenguas. Y porque fuera prolixo referir el número de naciones que se agregaron a éstos y a los demás pueblos y los modos de reducirlos al gremio de la Iglesia, pondremos por [sic] *verbi gratia* al pueblo de San Ignacio y al modo de éste se puede colegir la forma de los otros, porque todos los misioneros, como llevados de un mismo espíritu, siguieron un mismo método para entablar estos pueblos.

Dió principio al pueblo de San Ignacio el P. Antonio de Orellana por los años de 1680. La primera nación que visitó para reducirla a vida política y convertirla a nuestra santa fe fue la Punuana, pueblo gentilico como de 600 almas, que tenían su habitación a 6 leguas de distancia del sitio en donde está ahora San Ignacio hacia el oriente. Estaban situados en una pequeña llanura a la ceja de un monte, dos lagunas por los costados y el río Eseneru enfrente.

Recibieron de paz al Padre en la primera visita, por venir acompañado de muchos indios ya amistados que habían sido sus aliados en las guerras; gustaron mucho de su afabilidad y suave trato y mucho más, de los regalos de cuñas, machetes y cuchillos que repartió entre ellos; pero le costó bastante la reducción de estos infieles al Cristianismo.

Había entre ellos muchos hechiceros; éstos tenían trato familiar con el Demonio, el qual se les aparecía y hablaba siempre que le invocaban con ciertas cláusulas que para su comunicación habían pactado y en este lance de tratar su reducción a la fe, no sólo mediante los hechiceros impedía, sino que también se les aparecía visiblemente en figura humana espantosa, arrojando fuego en el aliento y hacía los últimos esfuerzos para retraerlos del trato de los misioneros, les predicaba más veces disuadiéndoles la amistad que tenían con aquel sacerdote, amenazándoles con más trabajos en lo venidero, diciéndoles que les obligarían a hacer unas casas desmedidas, de grandezas [?] desproporcionadas a sus fuerzas; y les cargarían de tanto trabajo,

que morirían rendidos a la fatiga. Conocía muy bien ser gente perezosa y dada al ocio: por eso les ponderaba tanto las fábricas de iglesia.

Y pudo tanto el Demonio con estas exhortaciones, que la mitad de la gente de aquel pueblo se resolvió a seguirle y retirarse tan lejos, que no pudiesen ser visitados de los misioneros. Llévose capitaneando más de 300 indios a parajes tan remotos, que hasta hoy no se ha podido averiguar a dónde fueron.

Los demás que se quedaron en su sitio se redujeron, a repetidas visitas del Padre, a admitirle en sus tierras y a abrazar la fe que les enseñase, bien que en sus ausencias no dejaba de aparecerles el Demonio y instarles a la retirada. Hasta que por último, viniendo el Padre a fijar asiento y que al día siguiente había de decir Misa en su pueblo, se desapareció [*sic*] el Demonio en un razonamiento desesperado que les hizo, diciéndoles que hasta aquella hora había sido su dios, sus defensor y padre, pero que en adelante sería su capital enemigo; con esto se precipitó a una laguna y no volvió a aparecerse más por más que le invocasen sus hechiceros.

En esta nación hizo asiento el P. Antonio y, reconvenidos después los indios por qué se habían inclinado más a seguir su partido que el contrario, respondieron que siempre el Demonio los dejaba llenos de terror y miedo y con las manos vacías y al contrario el Padre, cuando los visitaba, les dejaba más regalos y con la dulzura de sus palabras, [*f. 4*] alegres y consolados; por eso dijeron más gozar de su gustosa compañía y suave trato.

Aquí tomó lengua el Fundador para solicitar otras naciones con quienes tenían comercio y amistad los Punuanas: envíeles embajadores, manifestándoles sus deseos de visitarlos y, llamando sus Capitán para agasajarlos y habiéndoles ya ganado los ánimos, redujo a formar el pueblo a las parcialidades siguientes:

Casabeonos: hablaban la misma lengua de los Punuanas, con alguna diferencia de vocablos lengua moja corrupta; tenían su habitación al poniente de San Ignacio, tres leguas distantes del sitio donde está [*n*] ahora los Moabocanos, de lengua muy distinta de la moxa: hablaban la de San Luis, llamada docuicuna, que se extinguió; habitaban hacia el norte, a tres leguas de distancia a donde se fundó primero San Ignacio y se ha mudado en donde éstos vivían.

Furinaboconos: también de otra lengua, vivían una legua distantes de los Moubeonos, al norte.

Chuseboconos: de lengua tan distinta y estraña que no frisaba con otra; vivían en el río Sebu, en donde estuvo primero el pueblo.

Tauriboconos: hablaban la lengua moja corrupta; su pueblo distaba 10 leguas hacia el sur.

Caunamanas, Chanucos: distaban 12 leguas para oriente; su lengua era moja; la gente de este pueblo se dividió, parte fue a San Javier y parte vino a San Ignacio.

Phoeboconos: de lengua extraña; estaban 15 leguas distantes a nordeste; los más de estos gentiles fueron a San Javier.

Carrigionos: vivían en un monte distante 7 leguas al este; su lengua era mixta de Poheboconos y Moubeonos.

Parabonconos: vivían en el río Apere, 15 leguas distantes; su lengua, muy distinta de la moja.

Comobeonos: de la misma lengua de los de arriba; vivían cerca de ellos, en una laguna grande de cinco [f. 4v] leguas llamada Batanaboco.

Uruonos: vivían 20 leguas distantes al poniente, en el monte Cabitu; su lengua, moja corrupta.

Areboconos: nación muy corta, que casi se había extinguido con las guerras; de lengua moja; 14 leguas distante al su[d]este.

Mounobeonos: vecinos de los de arriba y de la misma lengua.

Cayupinas: vivían 15 leguas distantes al norte, sobre el río Echevchicurix; su lengua era docuicana.

Churimanas: vivían cercanos de los de arriba; su lengua era Mobima.

Oborepenos: de lengua moja; vivían 15 leguas al norte.

A esas naciones visitó el P. Orellana muchas veces; que, reducidas a un pueblo, quedaron con el nombre de parcialidades; así las llamaremos en adelante; y de esta multitud y variedad que concurrió a la fundación de un solo pueblo se puede hacer el cómputo en orden a las que también se juntaron para las fundaciones de los demás pueblos de esas Misiones.

§ 3º

Repugnan los indios juntarse

El corto número de operarios evangélicos y lo distante y dispersa de las rancherías de los gentiles llamaba la razón a que se juntasen en un paraje, para que, así, fueren doctrinados y asistidos. Tuvieron los misioneros grandes dificultades que vencer para reducirlos a que dejasen sus antiguos pueblos y se mudasen a una parte y les costó el reducirlos más visitas y viajes. Después de haber consentido éstos recibir el Evangelio y que todos querían ser cristianos, se dilataba el bautismo por este embarazo: cada parcialidad quería atraer al Padre que los doctrinaba y quería que los demás se mudasen al sitio [f. 5] donde ellos habitaban. Tenían todos mucho amor a sus parajes y a cada uno le parecía que su estación era la mejor del mundo.

No es de extrañar la repugnancia que tuvieron estas gentes a juntarse en un pueblo, pues una de las propiedades de estos indios es el estar separados, siempre les tira la división en todo: viviendo en una casa sin pared alguna que separe aposentos, ellos la fingen imaginaria y apartan entre sí la comunicación y trato; van por agua a una misma laguna o río las mujeres y cada parcialidad tira por distinto camino, tomando círculos y rodeos por no concurrir con otras cuando podían vía recta hacerla con más brevedad y menos trabajo. Lo mismo hacen los hombres:

cuando entran o salen de sus casas al campo van rodeando largo trecho por no concurrir con la vereda de los parciales. Así, los pueblos están hechos un laberinto en contorno de caminos.

Para vencer los fundadores esta nacionalidad, dispusieron que se tratasen casamientos de unas parcialidades con otras: los varones se habían de casar con mujeres de parcialidades extrañas. Con esto consiguieron dos cosas muy importantes para la unión de todos: la primera, familiar trato de unos con otros por razón de los parentescos; la segunda, que siendo el pueblo una confusión del le[n]guas, se reducía a una común que pudiese servir a todas. Ellos, entre sus parientes siempre hablaban su lengua nativa; los grandes o adultos, gente ruda, no eran capaces de reducirse a escuela o método para que aprendiesen otra; sus hijos, los muchachos, no aprendían otra que la que oían hablar continuamente a sus Padres y cómo entenderían al misionero que los catequizaba en lengua moja.

§ 4º

Dificultad en predicarles

El modo de reducirlos a que aprendiesen la Doctrina Cristiana era captando primero la benevolencia de su bárbaro genio. Proponíales la conveniencia de bienes temporales [f. 5v]; el descanso de la paz y seguridad de sus enemigos, de quienes estaban rodeados, el beneficio del comercio con los españoles, de quienes recibirían más cosas, de que carecían y necesitaban. Después entraban las pláticas de Dios, más preguntando y como por curiosidad de averiguar las cosas que por impulso de sermones ruidosos. Preguntaban a éste y al otro: ‘¿quién crió el sol, luna, etc.? ¿De dónde vinieron los primeros hombres del mundo?’ En sus respuestas aprendían su ignorancia y de ahí tomaban ocasión para enseñarles.

Son estos indios muy habladores: en concurriendo muchos o en concursos y no pueden estar juntos sin estar hablando unos con otros, por lo que fue al principio difícil reducirlos al silencio que se requiere universalmente en el auditorio de sermones o pláticas. Por esto se multiplicó a los fundadores el trabajo habiendo de instruir a cada uno en particular, lo que se haría más fácil si se redujesen a instrucción común. Y aun después de advertidos que les importaba oír y callar mientras se les predicaba y si les ocurriese alguna dificultad por entonces la disimulasen y que, concluida la plática, podían preguntarla; todavía le interrumpían [a] cada rato con preguntas frívolas e impertinentes. El Padre, con gran prudencia, respondía brevemente, sin exasperarse ni mostrar desprecio de sus futilidades y volvía al hilo de la plática, hasta que saltaba otro con la pregunta semejante. Poco a poco se fueron reduciendo a silencio y compostura de la gente culta en los sermones. Después se entabló que los Justicias anden celando por la iglesia y si se desmanda alguno en hablar con otro o se deja vencer del sueño mientras se predica, con un azote lo corrigen o despiertan.

§ 5º

Forma de las poblaciones de los gentiles

Los pueblos gentílicos, de unas casas pajizas de 5 a 6 varas de alto, puestas sin orden ni concierto de calles. Otras casas pequeñas, redondas [f.6] en forma de pabellones, con puerta muy

estrecha donde se recogían a dormir cuando les obligaba la necesidad a ese refugio. Una casa muy capaz en donde quepen todos los del pueblo y muchos forasteros que servía para los convites a ellas. Una plaza para los juegos y bailes y una calzada de tierra aglomerada en frente para danzar cuando hubiese lodo en la plaza. También solían amontonar tierra como un cerro pequeño o huaca que servía de atalaya a las centinelas.

Las alhajas de casa eran muy pocas: su hamaca para dormir, arco y flechas, cántaros, ollas, mates, cedazos para colar la bebida, rallos de madera para rallar la yuca y otros frutos, estereros, canastas para pescar proporcionados a los peces en su variedad, y un banquito de una cuarta o poco más de alto y media vara de largo para sentarse, y algunas pieles de animales, algunos instrumentos de labranza y a eso se reducían sus menajes. Colgaban alre [de]dor de sus casas las cabezas de los animales y pájaros que flechaban y las cáscaras de huevos de avestruces y otras aves (unas, por superstición y juzgando que aquellas calaveras daban fortuna para aquella casa; y otras, por hazer alarde y jactarse de ser grandes cazadores). También por el motivo amarraban en forma de amuleto el arco la piedra bésar de algún mono u otro animal, la que hacía en su concepto certeros los tiros.

La positura de sus pueblos era siempre con monte a la espalda para ganar la árboleada y emboscarse cuando fuesen acometidos del enemigo. Y en estos lances de ser acometidos de improviso se subían a varios árboles copados que para este fin tenían registrados. Allí se ocultaban entre las ramazones, de modo que no podían ser vistos de los que los buscaban y disparaban a traición sus flechas a los contrarios que se de [s]filaban por el monte.

§ 6°

Su traje y adornos

[f.6v] No usaban vestido alguno estos gentiles, a excepción de los Baures, Sapis y Cayubabas que tenían sacos y mantas con que se cubrían en sus bailes, no por honestidad, sino por gala; pero lo ordinario en ellos y los demás era andar desnudos; sólo las mujeres se ponían por decencia unas redes pendientes adornados de plumas, flecos y caracoles.

Estaban usaban [sic] también zarcillos y gargantillas, que hacían de pedazos de conchas y unas frutillas como corales. Hay en estas lagunas muchas conchas de nácar: hacíanlas pedazos y afilábanlas hasta tener forma de lentejas; y despues, para taladrarlos, sentados en tierra, afianzaban la concha entre los pies y con las palmas de las manos batían una paja echando arena tanto tiempo, que gastaba la concha y hacía el agujero. Discúrrase cuánto tiempo se gastaría para hacer el agujero en tantas conchitas como son las que componen [una] gargantilla. También usaban sortijas y brazaletas, que hacían de la piel de la iguana y de los nervios secos del cuervo acuátil. De cuero de venado curtido y teñido en negro se ponían dos correas en la pierna: una en la legadura y otra en la garganta del pie.

Otro bárbaro adorno usaban en los labios: se hacían en ellos dos agujeros, uno debajo de la nariz y otro en el labio de abajo; ahí se ponían unos cilindros de resina dura y transparente y dorada como el ámbar, de 4 dedos de largo y más de uno de grueso. Tenían su llave por la parte interior que afianzase cuando comían, bebían, parlaban, etc. Era cosa extraña que provocaba

a risa el verlos a la boca cuando hablaban, porque aquellos dos palos seguían el compás y movimiento de los labios en las palabras y remedaban con gran propiedad los cantos de las aves.

Se hallaron entre ellos algunas alhajas de plata: manillas en las mujeres; y en los hombres, unas planchas al modo de patenas que colgaban del cuello al pecho. También había tal cual vaso de plata de los que llamaban *queros*. Esto traían de los indios del Perú, atravesando las serranías por entre las naciones amigas y por comprarlos [f.7] sacaban de aquí monos, loros, tatumas [sic] pintadas, etc.

Usaban el cabello largo y trenzado y se lo curaban algunos días con jugo que sacaban de la médula de ciertos cocos, lo cual hacían por librarse de sabandijas en él y mantenerlo lustroso, siendo gala entre ellos tener cabellos largos, entre quienes era afrenta el cortarlo a otro. También se hallaron parcialidades entre los Mobimas en donde los varones no se dejaban más cabello que el que permite un cerquillo de dos dedos de ancho y menos de largo. Los hombres se adornaban con una corona de plumas y las mujeres, con una cinta de omo [sic] de grana, que es hoja de una yerba o mata parecida a la sabila, de cogollo purpúreo. Solían, cuando caían enfermos, cortarse los pelos, apretados del dolor fuerte de cabeza y usaban por tijeras dos conchas afiladas o se valían para el fin de los dientes del pescado que llaman los españoles palometa, de filo tan agudo como navaja. Así suplían las faltas de herramientas con los instrumentos que en su país había. De estas conchas se servían para cortar carne, desollar y abrir reses y degollarlas, como también de los dientes de la palometa, haciendo de una quijada entera uno como cuchillo y le ponían su manubrio y llamaban los Mobimas *bacusta*. Para la fábrica de arcos, flechas, etc., se valían de caracoles, de que tenían canastos llenos en sus casas, usando de ellos con mucha destreza, ya para cortar las varas, ya para adelgazarlas y pulirlas; valíanse para corta carnes de unas cañas gruesas que, partidas, tienen filo agudo y de todo aquello que puede cortar, que la necesidad todo lo utiliza. En vez de anzuelos se servían de abros [sic] o de dos huesos labrados casi como agujas de arriero y, atándolos en forma de anzuelo haciéndole al uno de ellos punta con lengüeta Hacían agujas con rajuelas de chonta y, aunque no las habían menester para coser vestidos, todavía las necesitaban para las fajas o correas que usaban por adorno, porque no las ataban, sino cosían los extremos tan apretadas, que dichas ligas o fajas se les entraba en las carnes.

[f.7v]

§ 7º Gobierno gentilico

No vivían tan desordenadamente estos indios como algunos imaginaron: tenían su gobierno, aunque mezclado con costumbres bárbaras; había entre ellos su distinción a modo de nobles y plebeyos y tenía cada nación su Capitán o cacique, que llaman los Mojos *Achicaco*; los Mobimas, *Enona*; y así las demás tienen nombre en su lengua. Todavía en algunas naciones, después de 60 años [de] convertidos, al tomar los votos para elegir un Capitán por muerte de otro, se [sic pro: si] proponen alguno que parece apto y no es de los nobles, se oponen los votantes que no puede ser capitán porque no es descendiente de los nobles.

Este dominio habían adquirido por singular valor en las guerras que continuamente tenían con las naciones comarcanas y se heredaban el dominio de padres a hijos. Cuando moría el Capitán sin hijos, pasaba el gobierno al pariente más cercano; pero como ordinariamente dejaban más

hijos, el mayor quedaba con el gobierno, quedando los demás distinguidos entre ellos como nobles. Éstos y los demás viejos se juntaban a las consultas cuando se ofrecía deliberar algún negocio y a su determinación estaba el vulgo.

En caso de mayor monta se juntaban a un pueblo todos los Capitanes y había entre ellos uno como General, a quien los demás respetaban. Éste solía ser uno que había muerto más enemigos, el más audaz o demasíadamente hablante. Son grandes habladores estos indios y toda su sabiduría la ponen en el hablar mucho: el que habla mucho es más entendido y estimado entre ellos. Sus Capitanes les hacían razonamientos gritando más horas con tanta velocidad y precipitación, que no les queda tiempo a respirar, sien [*do*] así que todo lo que decían se pudiera decir muy bien en cuatro palabras sin cansarse, porque toda su prédica se reduce a repetir más veces una misma cosa. No tenían artefacto de retórica, discursos ni razones persuasivas no mas que proponer simplemente el concepto conforme les viene a la boca.

Su obediencia se reduce a cosas comunes, [*f.8*] como a emprender una guerra, a mudar algún pueblo o a emprender alguna faena común a todos; y en lo particular, cada uno se gobernaba a su antojo, ni el Capitán les mandaba, ni ellos le obedecían si tentaba probar alguno: Eran impunes sus delitos y cada cual se tomaba su venganza de su injuria. No tenían justicia vindicativa ni ley alguna; sólo el agravio de una nación devengaba el Gobernador rompiendo guerra. Menos gobierno tenían en lo económico: los hijos no obedecían a su padres por miedo del castigo, que no lo usaban. Si hacían algo a su favor, era movidos del natural amor que les tenían. Bien es verdad que procuraban guardarse entre si los de una misma nación, como parientes, y los que no lo eran entre si, por miedo de la muerte: por él mataba a traición o como le era posible al que le había ofendido con adulterio. No usaban en sus casas llaves ni otra cerradura, porque no había hurtos: cada uno se contentaba con lo que tenía, sin envidiar lo ajeno; si hallaban alguna cosa perdida, buscaban al dueño y se la entregaban; si alguno necesitaba alguna cosa, se la daban sus parientes sin interés; si tenía hambre o sed y no tenía providencia en su casa, iba a los de otro rancho y se sentaba a comer y beber con ellos. Y esta llaneza aún hasta ahora la usan cuando son convidados: se sientan a comer donde ven otros, sin que lo repugne o extrañe el que hace el gasto.

§ 8º

Casamientos

Usaban la poligamia en ellos. Se halla un hombre con muchas mujeres y una mujer con muchos varones, sin disputas ni celos unos de otros, conforme se concertaban. Verdad que esto segundo era muy raro; lo primero, muy frecuente. Alguna diferencia de trato daban a las mujeres de su pueblo con quienes se casaban y a las esclavas cogidas en las guerras y con diversos nombres las llamaban, que equivalen a esposas y mancebas. Casábanse también con mujeres de las naciones amigas y estas bodas celebraban con bailes y borracheras. No tenían perpetuidad de matrimonio: fácilmente repudiaba la mujer al marido y tomaba otro. Cuando se casaban, el marido pasaba [*f.8v*] a vivir a la parcialidad de la mujer o casa; y así las mujeres entre ellos ordinariamente lograban buen trato, porque si el marido maltrataba a la mujer, sus padres o parientes la defendían, como que vivía en su casa; y si continuaba maltratándola, lo echaban fuera y entraban [*sic*] otro.

Esto se entiende si era mujer principal, que a sus mancebas y otras desvalidas solían maltratar hasta matarlas. Dotaban a la mujer para casarse o, según su traje, la compraban, dándole a ella unas gargantillas y a sus padres y parientes, flechas, plumas de guacamaya y semejantes alhajas. Tenían respeto al parentesco de consanguinidad hasta el tercero grado; pero del de afinidad no hacían caso; tampoco hacían caso de la virginidad, ni reparaban en casarse con mujer pública, que las había entre ellos. En alguna otra nación castigaban el adulterio; pero más no tenían honra; y, así, prestaban a otras y cambiaban con sus mujeres.

Procedían desordenadamente en la crianza de los hijos, cegados del demasiado amor que les tenían: no les reprendía[n] ni menos castigaba[n] por falta alguna y la obediencia entre ellos era al contrario de lo que Dios manda y la naturaleza enseña. Los padres servían a sus hijos como esclavos, llevados del amor demasiado de darles gusto en todo; y daban ansa a los díscolos para que los maltra[ta]se[n] y pusiesen las manos en ellos. Han trabajado mucho los misioneros en orden a reducir a concierto este amor de hijos a padres y ha sido forzoso en algunos pueblos, por no poder corregirse, que los misioneros se encarguen de la educa[ción] de los muchacho[s].

§ 9

De lo que trabajaban

No había entre ellos oficiales destinados al trabajo particular de tal cual arte mecánica, que ejercitaban todos los oficios; los ejercitaba cada individuo: el que necesitaba de un cántaro había de hacerlo y el que quería cosa alguna había de poner manos a la obra. La principal profesión de ellos era la agricultura: todos eran labradores; hacían sus siembras en la pampa [f.9] abriendo surcos y amontonando tierra; algún otro tenía cuña de piedra o bronce para rozar el monte; también se aprovechaban de las macanas para golpear los árboles pequeños y, después de secos, ponían fuego y sembraban en lo quemado; estimaban más el terreno de monte, por criar menos maleza que la pampa, porque con el fuego se consumían las raíces y malezas de malas yerbas y la ceniza que dejaba servía de fecundar la tierra.

Siembran maíz, algodón, yucas, plátanos, papas, frijoles, maní, camotes, papayas y sapallos; y su fecundidad hace que se logre, sin más trabajo que el arrancar las malas yerbas. No usan arar ni cavar la tierra, ni necesita de este beneficio tierra tan fértil para rendir mucho fruto. De una mata de yuca sacan un gran canasto y, luego que la arrancan, las más veces clavan en el mismo sitio parte del tronco y vuelve a criar de nuevo otra planta. Del maíz cojen dos cosechas al año. Los plátanos, una vez sembrados, nunca se de[j]aban si de cuando en cuando se les quita la maleza, porque al cortar la maleza y allen[d]e la circunferencia, con otros que brotan de la raíz y fructifican al año. Éstos duran, aunque dejen por tiempo la chacra.

Desamparan la chacra cuando está la tierra cansada, cada tres o cuatro años; y el motivo principal de dejarla es el vicio de la mala yerba que cría, dejando mucho al descubierto. Como hay tanta tierra baldía, hacen sus sementeras en donde quieren, sin comprar ni alquilar terreno ni pedir licencia alguna para cultivarlo. Tienen en ellas sus contratiempos y enemigos: algunos tiempos llueve tanto, que se pudren las sementeras; los jabalíes, que andan a tropas por el monte, suelen hacerles daño arrancándoles cuanto tienen; una especie de hormigas que el Mojo llama *moterus*, se comen las hojas y esterilizan el tronco; otra plaga de oruga o gusano les hace el

mismo daño; los vientos fuertes y tempestades con torbellino suelen derribar y arrancar las plantas; y el demasiado frío del viento sur, quemarlas.

Cuando tienen inundación que causan las exorbitantes avenidas de los ríos, con que salen de madre y anegan las [f.9v] campiñas sembradas, se previenen sacando toda la yuca de sus chacras. Ésta la llevan y rallan en su casas, en donde se conserva buena para su gusto en todo el año. También hacen harina de ella y secan por provisión en viajes largos; pero lo principal, porque estiman en mucho la yuca, es por la bebida que hacen de ella, más sabrosa que la del maíz, pero de mucho daño.

El modo de cargar de acarreo los frutos de la chacra es, en los hombres: al hombro, poniendo un palo atravesado y [re]partiendo igual posición de carga en los extremos, de modo que quede otro palo con tanto peso en la parte anterior como detrás; de esta manera se mantiene aquel palo en equilibrio, sin necesitar de echarle mano y caminan libres los brazos; otros cargan en espaldas a la espalda con fiador en hombros y frente.

Las mujeres cargan en la cabeza y observan igual equilibrio en el peso: llevan un cántaro de agua sin ponerle mano mientras caminan; vuelven la cabeza a uno y a otro lado sin que se les derrame ni caiga; más, cogen del suelo cualquiera cosa menuda que encuentran (un cordón, una frutilla, un grano de maíz) sin echar mano al cántaro; usan de los dedos de los pies como de las manos y así cogen con el pie lo que quieren y, doblándolo, pasan a la mano sin bajarse.

§ 10

Especies de frutas de esta tierra

Abundan estos montes de variedad de árboles, maderas incorruptibles, palos gruesos de varas de diámetro (cedros, almendros, aceita [de] María), que sirven para columnas, tablazón y maderamen de casas, para la talla y escultura y para canoas, que son las embarcaciones que aquí se usan. Destilan resina olorosa y otras ligosas que sirven como brea. En sus troncos fabrican [sic] los indios la miel, muy apetecida de ellos; pero no sabían el uso de la cera hasta que los misioneros la han demostrado. Son dichas abejas poco mayores que hormigas, sin agujón, de color negro, que labran el panal como una esponja, sin el concierto y orden de las europeas.

Las frutas comestibles por lo común son de pepita grande y poca carne, de que se apuntarán algunas especies: *casicairú* tiene forma de manzana pequeña, color dorado, olor suave y sabor agrídulce apacible; *cabeirú* tiene la forma de madroño espinoso, el color amarillo [f.10] y sabor parecido al *casichayrú*, sólo que en vez de agrio tiene una punta de aspereza como el membrillo; *opoc*, fruta en la figura parecida a la camuesa y en el sabor, a la chirimoya; *caquino*, ciruela parecida a las de Chile; *mita*, de color y forma de aceituna madura, de color intenso, desapacible a los extraños y ape[te]cidísima de los indios para comida y bebida; lúcumas, más suaves que las del Perú; granadillas, pitajayas y piñas. Todas estas frutas se hallan en el monte, sin cuidado de plantar los árboles, ni cultivar las huertas, porque nacen dondequiera.

Entre la variedad de cocos que dan muchas palmas que aquí se crían, el más estimable para los indios es el *cachi*; sacan el aceite para untarse el cabello, valiéndose para exprimirlo de sus muelas. Ya en algunos pueblos han aprendido el beneficio de la prensa y exprimen cantidad bastan-

te para cebar lámparas en la iglesia. Es también muy útil el fruto de un árbol llamado *vebui*: dalo pegado al tronco, no en las ramas como los demás árboles: es del tamaño y forma de sandía, color verdadero, la cáscara muy dura y delgada, sácale la médula y, secándole la médula y secando el casco, se sirven de él para vasijas de agua, miel, etc.; también, partiéndolas por medio, de las dos mitades hacen tazas, que pintan y enbarnizan al fuego; con resinas quedan resplandecientes, de vistoso lustre y duran muchos años sin apolillarse ni corromperse y por curiosidad las compran los españoles y las llaman *tutumás*.

§ 11

De sus alimentos

El más ordinario sustento de estos indios era el pescado, de que abundan estos ríos y lagunas. Pescaban con espigas y huesos dispuestos en forma de anzuelo, en agua clara, con flechas y figas. Los Arguillas, con haz de 10 o 12 varas de chonta aguzadas. Usaban de varios géneros de redes tejidas de cañitas delgadas: éstas disponían en desagües de lagunas y ríos pequeños, de modo que todo el pescado que iba a pasar quedaba preso. La mayor abundancia logran en la pesca de los sábalos: andan estos peces saltando en multitud en la superficie del agua, llegan los indios [en] las canoas hasta ponerlas en medio [f.10v] y hacen gran ruido con los pies y remos; de éste espantados, los sábalos levantan más los saltos y van cayendo dentro; de este modo cogen muchas arrobas en breve espacio de tiempo. Usan del barbasco en lagunas y zanjones y logran mucho pescado, como también en las lagunas que crían islas de yerbas palustres que flotan sobre el agua: entran desnudos los indios y arriman a la ribera una de aquellas islas o gran parte de ella y, sacada a tierra a pedazos, con ligereza consiguen tomar todo el pescado recogido en las raíces y ramazón de aquellas islas, que en ciertas temporadas es mucho, pues casi todo se recoge allí.

La variedad de peces que aquí se cría es mucha: hay algunas especies conocidas, como corvinas, bagres, etc.; pero las más se ignoran en otras partes. Muchos hay suaves y delicados, mas los indios todos los comen, aunque sean ásperos y espinosos, con tanta destreza en la lengua para separar la carne de las espigas, que por una parte entran el bocado y por otra arrojan las espigas, sin dejar de comer por este embarazo. Usan también el ejercicio de la caza, así terrestre como volátil, en tiempo de lluvias, de noviembre a mayo: cazan por los montes, porque la paja está más crecida en las llanuras (que cubre a un hombre) y [es?] imposible [cazar?] en los montes tropas de jabalíes, cuya carne sumamente apetecen; también, otros animales llamados *peiç* semejantes a las liebres, armadillos y otros semejantes que llaman *yopo*.

En las lagunas y ríos flechan patos y otras aves acuáticas: tienen estos pájaros un árbol determinado adonde se juntan a dormir al fin de la tarde; ahí se pone el indio en celada y, conforme van viniendo uno después de otro de diversos parajes, les va flechando. Otros ponían liga en dichos árboles y muy de mañana van al sitio a coger y hallan a los patos en el suelo que no pueden volar y los coge. También en algunas aguadas de poca agua, a que concurren de noche los patos que llaman *bisisis*: clavan muchas varitas enligadas, las que se disimulan entre las pajas que hay en la misma aguada, que, raras y largas, salen de la superficie del agua, paradas o rectas, más de media vara y en el mismo tamaño se disponen dichas varitas; los patos nadan y retozan en el agua y, rozándose con las varitas, se enligan [f.11] y a la mañana no pueden volar; los coge el indio y suelen pasar de 20 de una vez. Otros [sic] estrategemas usan por cojer los patos en el

agua: unos se visten de yerbas y espadañas; otros, llevando el cuerpo debajo del agua, cubren la cabeza con un mate grande y se van poco a poco acercando los pájaros, [*que*] ya de antemano están acostumbrados a ver mates nadando, pues para este fin tienen los indios arrojados tantos mates; con esto el indio con su mate anda entre las aguas, sin que lo extrañen las aves, ni se espanten y, tirándolos de los pies debajo del agua, los asegura en su saco.

De junio a octubre siguen en los campos ciervos, venados y cabras monteses y avestruces. Para encender [...?] con él los pajonales, hacen dos pajitos, que agitan uno contra otro como si talarasen (que éste es el eslabón y pedernal ordinario del indio); esperan un día de viento fuerte para quemar, y corre el fuego con tanta violencia, que suele continuar por 10 o 13 días ardiendo por estas dilatadas campañas.

En estos incendios, según relación de algunos indios, se ha observado a las veces un instinto particular en los avestruces cuando ven caminar el fuego hacia su nido o polluelos que hacen en tierra entre las pajas: corren muchas veces al río o laguna más cercana y, entrándose muchas veces a bañarse, vuelven a sacudir las plumas en la circunferencia de su nido. Con esto, al acercarse el fuego, se encuentra con la paja mojada, salta el nido y quedan libres los polluelos o huevos. A estos huevos son los indios muy aficionados: los comen con gran gusto, como también los huevos de los caimanes y lagartos, que son del tamaño del huevo de una gallina, pero cada caimán pone más de 70.

Los animales que aquí se crían de especie no conocida en el Perú ni Europa, son muchos. También hay más de los conocidos, como son tigres, onzas, leopardos, osos hormigueros, lobos, ciervos, venados de varias especies, antas, monos de muchas castas y tamaños, gatos monteses, ardillas, vulpejas, conejos, cuyes, quirquinchos de diferentes calidades e iguanas. La misma variedad hay en las aves acuátiles y terrestres, que muchas de ellas son conocidas en este clima: hay de las [*f. 11v*] conocidas en otras partes: perdices, palomas torcazas y silvestres, tórtolas, pavos en variedad; también, aves canoras: ruiseñores, tordos, jilgueros, etc.

Hay también de los nocivos: muchas especies de víboras de veneno muy activo: las de cascabel, áspides y serpientes venenosas, culebras gruesas como troncos, tarántulas y otras varias arañas. Los caimanes y tigres son las aves [*sic pro: animales*] más temidas de los indios. El caimán hace presa al vadear los ríos y en la riberas de las lagunas, cuando se están bañando y pescando. También los lagartos acuátiles, que son poco menores que los caimanes, suelen hacerles daño. El tigre en todas partes acomete y a veces entra de noche a los pueblos, sin que haya lugar seguro de sus garras. El modo de librarse de él cuando duermen fuera de poblado, es encender hogueras, porque se ha experimentado tienen mucho miedo al fuego y con un mechón encendido y con un tizón los persiguen y ahuyentan; para desalojarlo de las cercanías de los pueblos y librarse de los daños que hace allí emboscado, se valen de perros rastreros, que lo descubren por el olfato y, ya montado el tigre a algún árbol, lo matan con flechas hechas a este propósito, del tamaño y forma de unos rejonos. Suelen también armarle trampas por el camino por donde ha de pasar a acabar de comer la presa comenzada: cavan un foso profundo y lo cubren de hojas y ramazones débiles y, al pasar, se precipita, quedando en el hoyo muchas veces atravesado de agudas y largas puntas de chontas, que afirman en el centro o suelo del hoyo y, viniendo a la mañana, la gente lo acaba de matar, llevándolo [*lo*] en triunfo al pueblo, adonde entran con mucha algaraza de cajas y otros instrumentos.

El ejercicio de la caza tienen repartido ordinariamente por distintos parajes, aunque a veces se juntan a un lugar para montería: entonces cercan el monte, unos con los arcos templados y a punto las flechas, y otros entran a barrerlo con perros y voces; este modo de montería es más a propósito cuando está toda la campaña inundada y se ha recogido la caza a sitios altos: entonces cercan el sitio con canoas y allí van [f.12] flechando las que espantan para afuera los batidores y juegan con tanta velocidad la canoas con palancas en vez de remos, que siguen y dan caza hasta [a] los gamos.

§ 12

Divertimientos y juegos

Tenían algunas diversiones para entretenerse en sus pueblos estos gentiles. Uno era el juego de pelotas que hacían los Mojos de hojas de maíz envueltas y apretadas y encima 3 plumas puestas en triángulo, para que tomase vuelo; la jugaban, puestos en rueda, con la palma de la mano. Los Mobimas usaban pelota grande y, algunos, del peso de 13 ó 15 libras, hecha de una resina llamada *pabobolo*; y en el Mojo, *sari*, la cual tiene gran elasticidad y especial muelle, de suerte que botada al suelo salta 4 ó 6 varas; ésta rebotan los Mobimas con la tabla de la pierna en lo ordinario. Los Cayubabas [las] usan pequeñas, de la misma materia y huecas llenas de aire y, como más ligera, las rebaten con pies, rodillas, cuadrillas [sic], hombros, cabeza y con la mano.

Su principal diversión, en la que embebían todos sus sentidos, eran sus bailes o danzas: éstas eran al son de siete u 8 flautas y cajones, en disminución y orden de mayor a menor, como órgano de media ala. Bailan puestos en fila, una enfrente de otra, porque siempre son dos iguales, casi rozándose unos con otros, con las caras mirando una fila a [la] otra; y entran en cada danza cuantos quieren, cada uno con su saeta. La armonía era acomodada a su oído bárbaro, sin especial [?] ni artificio de música. Llevan el compás en el pie, que es muy pausado y de ninguna agilidad; y se atan en la garganta del pie unas sartas de huesos de frutillas, huecos, que llama el Mojo *Chumatata* y equivalen a cascabeles o sonajas; para estos bailes se ponen las mejores galas, y se reducen a plumajes, pieles de tigres y otros animales; y también suelen teñir o almagrarse la cara.

Desde que se redujeron a ser cristianos no se les ha permitido mujeres en sus bailes y su armonía desapacible se redujo a concierto de música por un maestro inteligente en [f.12v] el arte. Quedan todavía los mismos instrumentos y danzas dedicadas al culto divino en las procesiones solemnes y los indios demuestran igual deleite en verlos.

Tenían también su música de voces, con tal desaliño de poesía y desconcierto de solfa como las dichas flautas a cuyo son cantaban, acomodando el tono de la voz al compás de manos y cabeza. Y por ser estos cantares malos, provocativos a embriaguez y lujuria y dedicados al Demonio, los prohibieron los misioneros desde el principio con tanta eficacia, que ya están desterrados del todo, sin que haya alguno que los ejercite ni se acuerde de ellos; en su lugar introdujeron música concertada y poemas sagrados para celebrar a Dios y a sus santos, y esto es lo que ahora cantan.

Dicha música y bailes acompañaban siempre los bárbaros con embriaguez: después de haber bebido bien, cantaban y bailaban. Hacían la bebida de maíz o yuca molida y fermentada a ma-

nera de cerveza. Se juntaban todos los del pueblo a una casa destinada a este exceso y en funciones grandes, como convocatoria a guerra o casamiento: convidaban también a otros pueblos, prevenían gran cantidad de cántaros o [gavetas?], ofrecían los primeros brindis al Demonio y predicaba el hechicero y continuaban bebiendo día y noche y, a veces, tres o cuatro días y, a veces, una semana entera, conforme la provisión que habían hecho, pues no cesaban hasta acabar toda la bebida ni les sufría el corazón apartarse de ella. Bebían con ruido de voces y algazara, que se percibía a gran distancia, cantaban y bailaban al[re]dedor por la plaza, llevando sus cántaros como en andas; también reñían, peleaban y se mataban y había los desórdenes que se callan.

Tenían borrachera jurada cuando se disponían a alguna batalla, para pelear alentados; cuando volvían victoriosos, para celebrar el triunfo; cuando eran vencidos, para consolarse; cuando hacían de nuevo chacras o casa; cuando mataban tigre, que era la más solemne, porque hacían anatomía de él, dividiendo todos los huesos, poniéndolos en fila y, delante, la piel de la cabeza sobre un palo levantado y alre[de]dor bebían, cantaban y bailaban; porque lo tenían por Dios le hacían esta fiesta.

[f.13]

§ 13°

Sus guerras

Vivían en continuo sobresalto por ellas todas las naciones bárbaras, por la mucha enemistad que profesaban, odio inmemorable que se heredaba de padres a hijos, sin llegar jamás a amistarse. El fin que se proponían no era extender sus dominios, sino robar, cautivar mujeres y muchachos por esclavos y defender sus pescadores y parajes.

Tenían centinelas siempre en sus pueblos y, especialmente de noche, se fregaban con ají los ojos para no tomar el sueño, con aquel ardor y dolor que causa el ají. Los asaltos del enemigo eran de madrugada, caminando con el silencio de la noche hasta dar asalto de improviso sobre el pueblo. Solían poner espías y averiguar el día en que sus contrarios tenían borrachera y a la noche los cogían sepultados en la embriaguez y sueño, mataban a los hombres que podían manejar las armas y a los viejos que no podían servirles al trabajo y se llevaban cautivos mujeres y muchachos.

Cuando tenían aviso previo de que alguna nación se armaba contra ellos, y esto lo tenían muchas veces por el Demonio, que hablaba con el hechicero, retiraban a lo interior del monte los niños y mujeres con bastante escolta y los dejaban escondidos; ellos se ponían a esperar el enemigo en el campo o emboscados, conforme el valor y número de ellos; los muchachos, mientras peleaban sus padres, recogían las flechas de los contrarios y se las daban a mano para que se las disparasen.

Tenían algunas batallas en que se provocaban dos naciones a desafío: en éstas ni los vencedores seguían el alcance ni los vencidos padecían más daño que la falta de los que quedaban muertos en el campo; pero lo ordinario era salir a pelear a traición, sin intimar primero guerra al enemigo, por cogerlos descuidados. El promotor de estas guerras era el Demonio, que los instigaba por boca de los hechiceros, prometiéndoles siempre victorias y felicidades, siendo así que, después de sus promesas, volvían vencidos muchas veces y los vencedores, con poca ga-

nancia y mucha pérdida de gente; pero con todas estas experiencias que el Demonio los [f.13v] engañaba, que tantas veces los cogían en mentiras, ciegamente los consultaban y creían como a infalible oráculo. Unas veces se les aparecía como rayo que caía del cielo; otras, en forma de un gigante; otras, con figura de caimán o tigre; y, siempre, causando terror y espanto en los que le oían y veían. A estas continuas guerras se atribuye el haberse hallado esta tierra casi despoblada, habiendo sido mucho el gentío que la pobló antiguamente según hay señales y varios sitios se ven en ella con vestigios de pueblos que se acabaron con las guerras, quedando sólo en [sic pro: el] nombre en la memoria y tradición de los viejos.

§ 14

De sus armas

Las armas ofensivas que usaban eran arco de dos varas de largo y flechas de vara y media; no tenían carcaz en que guardarlas: las llevaban en la mano y las ejercitaban para estar diestros. Apenas andaba un niño cuando le daban un arco y flechas de pajas, poníanles por blanco y premio una fruta si le acertaba; y en lo demás del tiempo ellos se divertían en flechar lagartijas y otros animalejos y, conforme iban creciendo, iban aumentando el tamaño y peso de las flechas y arco; y se ha visto indio tan diestro en este ejercicio, que parte con la suya en el aire la flecha del contrario. Hacíanla de chonta con un hueso afilado en la punta; otras, de varias lengüetas, como anzuelos; y otras, como de hierro de una lanza.

Algunos, en vez de flecha, usaban de estólica, otro género de arma: es una flecha como dardo, de dos varas y media de largo, que se dispara sin arco. El disparador es una tabla de madera dura de más de tercio de largo, cavado un canal en medio como anafil [?] de trompa; éste tiene del mismo palo enterizo hecho un manubrio que afianza 3 dedos de la mano y el pulgar, fuera de un cordón pendiente de la extremidad del manubrio y afianzado en la muñeca del brazo, en el fin del manubrio tiene un [?]orado por donde entra el índice para afianzar más el [f.14] disparador, para imprimir más fuerza a la flecha al tiempo de dispararla. La cabeza de ésta, que está fortalecida con hilo y resina, se afirma en una punta de hueso fija en la extremidad del disparador, que desde el manubrio para arriba va en disminución y que acaba en el grueso de un dedo. Afianzada así la flecha en aquella punta de hueso, se tiende sobre aquella [sic] canal y va a caer sobre el índice que está doblado y lo agarran de un lado el pulgar y del otro algunos de los otros dedos; dan tres pasos y hacen el mismo movimiento que los granaderos para arrojarla; es arma mucho más poderosa que las flechas, porque se dispara con mayor impulso y violencia. Llaman los españoles de Santa Cruz al dardo, flecha y al tirador 'estólica'.

Entre los Mobimas se hallaron parcialidades enteras que usaban por armas *caychas* o macanas; otros hacían de chonta unos chusos o lanzas, que llamaban *fulabas*. Los Mochochinos usaban cerbatana, un cañón de 2 varas y media de largo y el ancho de escopeta: ahí ponían una flecha pequeña envuelta por las extremidades con algodón esponjado y la punta envenenada; ésta disparaban soplando. Otro género de armas usaban los Euriboconos: unas pelotas de greda dura, claveteada de puntas envenenadas, que disparaban de una caña con redzuela al extremo y cuerda para tirarla; es de más alcance que las hondas y la eficacia del veneno tanta, que un español murió en pocas horas sólo por haberle rasgado en la oreja la punta de una pelota.

Por armas defensivas usaban algunos cueros de anta por rodelas o adargas: hacíanlas también de caña fuerte reducida a varas y unidas entre si a manera de zarzo, que traían envuelto antes de pelear y en la función lo desprendían sobre el brazo izquierdo; pero lo común era pelear desnudos, sin defensas ni adargas: fiaban su defensa en la agilidad y ligereza, continuamente saltando y mudándose de una parte a otra mientras que duraba la refriega para que no hiziese tiro fijo el enemigo. Observaban la saeta del contrario: si venía a la cabeza [f.1 4v] se bajaban para que pasase por alto; si a los pies, brincaban; si al medio cuerpo, declinaban haciendo lance; y esto con tanta celeridad cuanta se puede discurrir ponderada la velocidad con que vuela una flecha.

Para salir a pelear se adornaban con flores y plumajes de guacamayos, penachos vistosos; pero todo el cuerpo horrible pintado con un tinte negro que exprimen de una fruta llamada *jono*. Esta tintura repartían en manchas como de tigre, persuadidos a que con esto pondrían mucho miedo al enemigo, así como el Diablo les ponía mucho miedo a ellos cuando se les aparecía en aquella mala figura.

No usaban más instrumento bélico para excitar a la pelea [que] un tambor pequeño y unas flautas, que hacían de canillas de enemigos que en otras batallas habían muerto; y a falta de éstas, de una ala de *casipi*, pájaro parecido a la grulla. Todo su aliento se reducía a gritos y algazara mientras que peleaban. No tenían banderas, ni señales de acometida ni retirada, ni arte militar alguno para disponer un ejército. Cuando eran muchos y pocos los enemigos solían formarse en media luna para cerrarlos por la espalda y cogerlos por el centro.

Usaban algunos ardidés y estratagemas, ordinarios en todas las naciones. Los caminos por donde habían de pasar los enemigos sembraban de puntas clavadas para arriba y untadas con veneno; éstas cubrían superficialmente con hojas secas para que no los advirtiesen y lograban clavarlos en las retiradas cuando volvían huyendo, porque, al avanzar, como sabedores de semejantes riesgos, siempre se iban con tiento; hacían llamada al enemigo con fuegos en una parte y se emboscaban en otra, para cogerlos por la espalda y lograr las primeras saetas. Presentaban poca gente en campaña, teniendo escondido el mayor número para alentar los contrarios a acercarse y cerrarlos; fingían fuga para atraerlos en desigual terreno; y [de] este modo, otros estratagemas.

[f.15] En sus pueblos, además de la confianza del monte para la retirada de que hablamos, tenían algunos fosos y murallas, sembraban *sinoromo*, que es especie de planta alta y espinosa. Con esto quedaba el recinto impenetrable y para sus pocas fuerzas servía de murallas. Las entradas y puertas eran unos caminos estrechos, torcidos, con vueltas y rodeos que sólo sabían con seguridad los prácticos por entre aquel laberinto de cañas. Solían también rodear el pueblo con un foso profundo, lleno de agua y sus puentes levadizos para el paso, que todas las noches alzaban.

Esta inquietud y continuas guerras con que los traía envueltos el Demonio, ordenó [?] la Divina Providencia para mayor bien de sus almas, pues fue ocasión para que se redujesen más breve a oír el Evangelio; y el hallar los misioneros tan revueltos fue la mejor sazón para convertirlos: viviendo en continuos temores de los enemigos, les ofrecieron, si pasaban al Cristianismo, paz y perpetua seguridad, como la experimentaron a poco tiempo de haber penetrado [en] estas naciones los jesuitas. Vieron los gentiles la unión y amistad que iban trabando y cómo la ley de

caridad deshacía los temores y quitaba los enemigos; y los que antes se aborrecían de muerte se amaban ya como feligreses.

Lo primero que pactaban con ellos era el respeto a los embajadores. Ellos no tenían especie [*de ello*], siendo del derecho de las gentes; y cada indio que enviaba el misionero a otro pueblo, aunque fuese de los enemigos, se había de atender como al mismo Padre que lo enviaba y que representaba su persona; cuando iba a llevar algún recado o embajada [*da*] despachaban los fundadores de un pueblo a otro las cartas y por respeto del papel que llevaba el indio lo recibían con agasajo; de esto se quedaban admirados ellos mismos que, yendo al pueblo de enemigos, llevaban toda su seguridad en una carta y [*que*] aquellos que en otro tiempo les hubiera [*n*] hecho pedazos, ahora por respeto del Padre [*f.15v*] que los enviaba les hospedaban en sus casas y regalaban.

Sucedióle a un Padre mandar a los indios de su pueblo que fuesen a los montes a buscar cera que necesitaba para la iglesia. Ellos respondieron que irían de muy buena gana, pero temían que los enemigos los encontrasen en el monte y los matasen, que llevando papel les parecía irían seguros. Rompió el Padre unos papeles y, dando a cada uno, iba tan contento con pasaporte real o salvoconducto, tanta era la confianza de seguridad que hacían de los papeles.

§ 15

Su religion superstitiosa

Tenían estos gentiles algún conocimiento del Dios verdadero y le llamaban estos gentiles *Maymona* (que quiere decir ‘intelectivo invisible’); hacían algún concepto de su providencia con que gobierna el universo y [*le*] atribuían el éxito de los futuros contingentes, pero no le adoraban ni daban algún culto. No tenían luz de la creación ni hacían alguna reflexión para inquirir el primer origen de las cosas. Preguntados de dónde vinieron los primeros hombres del mundo, respondían que no vinieron de otra parte que de la misma tierra, que nacieron como yerbas, que después de maduros se desprendieron y empezaron a andar, hablar, etc.

No tenían noticia de la inmortalidad de las almas, a las que les daban varios destinos después de su separación cuando muere la gente, diciendo que las ánimas de los homicidas se convierten o pasan a animar cuerpos de lobos, tigres, etc.; pero las de los demás, en aves y otros animales cuyas propiedades frisen [*sic*] con las costumbres que tuvieron en vida aquellas personas; y el animal de mayor aprecio entre ellos es el ciervo, gloriándose de que sus ascendientes pasasen a ser ciervos y que después mueren estos animales dejando castas o descendientes en que ya nada hay de aquellas almas, las cuales perecen juntamente con los cuerpos de aquellos animales o aves a que hicieron transmigración cuando murieron. De aquí [*f.16*] nace el que estos casi no distinguen los brutos de los hombres y en consecuencia de sus razones, tenían a los brutos por racionales, creyendo que los bramidos de los animales y cantos de aves eran conversaciones y parladas en lengua extraña; que los instintos particulares de buscar comida y abrigo, etc. eran discursos intelectuales y, así, apenas se distinguían de los hombres.

Enterraban los muertos sin ceremonia alguna, no más que abrir un hoyo y sepultarlos; y esto con tanta prisa, que algunos no esperaban que acabasen de expirar para enterrarlos. Solían los parientes llorarlos muy poco y en breve se ponían a hablar, jugar, como si tal cosa hubiera pa-

sado. Entre los Mobimas se hacía más sentimiento de los muertos y de cuando en cuando, pasado el llanto continuado de los primeros días, los lloraban con llantos y lágrimas las madres, las mujeres y las parientes que los habían criado. El llanto en todas estas gentes se reducía a gritar ‘¡ay mi hijo! ¡ay mi madre! ¡ay mi hermano!’. Y repitiendo esto algunas veces, añadiendo a esto algunas causas de su dolor.

Atribuían divinidad a algunas cosas criadas que temían mucho o amaban. De las temidas, el principal, el Demonio, quien por sí o por los hechiceros los aterraba frecuentemente para que le diesen culto y venerasen. Después, el tigre, de quien creían mil fábulas: decían que tenía entendimiento más que humano, que entendía todas las lenguas y percibían cuanto le hablaban. Cuando el tigre hacía presa en uno o escapaba vivo el otro de sus garras, lo tenían por cosa sagrada y lo veneraban como a un santo, ofrecíanle sacrificio de chicha e incienso en humo de tabaco. Mas, no obstante este culto al tigre, se guardaban muy bien de sus garras: siempre que lo podían, lo mataban y, en sabiendo que estaba en algún paraje, se convocaban para flecharlo.

Tenían por Dios al arcoiris y lo juzgaban viviente racional: decía *[n]* que se tragaba la gente, que aquel semicírculo es la boca y esconde un cuerpo de desmedida grandeza allá en la nube y en las lagunas. *[f. 16v]* Que se traga los aguaceros, y esto porque aparece después de ellos; creían que infestaba todos los lugares por donde pasaba; y *[que]* era causa de las enfermedades. Decían también que al que lanzaba el iris después de haberlo tragado, quedaba con la virtud de sanidad para curar a otros, pero que el tal quedaba enfermo continuamente.

Al viento sur también, por el frío o daño que causaba. A estas cosas que temían aplacaban con sacrificios y dádivas; pero a las que les eran propicias, aunque les atribuían divinidad, no les sacrificaba *[n]*. De éstas, eran el sol *[y la]* luna, que tenían por vivientes; el viento norte, que es favorable; el lucero de la mañana, porque anuncia el día; las Cabrillas, que les servía para contar las horas de la noche y observar las heladas por junio y gobernarse en sus sementeras de aquel tiempo. Los Mobimas llamaban a las Cabrillas *Caumol*; al cingulo de Orión, *Caumol foyph*.

En los eclipses de la luna, unas naciones creían supersticiones indecentes (otras no, como los Baures): que el tigre hacía presa en ella para comérsela; y, así, todas estas gentes, luego que había eclipse hacían mucho ruido con cajas, palos y pieles de animales y arrojaban tizones ardiendo contra el cielo para vengar el daño que en su imaginación padecía la luna.

No tenían templos, ídolos, ni lugar determinado para oración y sacrificio, sino en los Chumanos y Ramanos, que tenían especie de oratorio con algún adorno y a medianoche cantaban ciertas letras a coros. Observaban todos en algunos sitios cierto género de religión, v *[erbi]* *g[ratia]* árboles y lagunas, donde se les apareció el Demonio y juzgaban que se habían de morir luego que los tocasen; lo que sacrificaban cedía en utilidad de los hechiceros: plumas, flechas, chicha, tabaco, etc.; y no tenía más ceremonia su sacrificio que beber a la salud del Diablo, exprimir tabaco mascado; por Taboje, el patrón de cacerías, cuando emprendían alguna; fumar el tabaco, por el tigre; y unos embustes que los brujos rezaban entre dientes. Estos hechiceros ministros del Demonio los tenían continuamente atentos con sus mentiras y enredos, hacían que todos condescudiesen con lo que ellos querían; y si alguno se le oponía, lo aterraban con amenazas de muerte en su hechizo.

Ellos eran también sus medio curanderos o médicos; y el modo de curar era chupando la parte que dolía: *[f. 17]* fingían sacar de ahí huesos, harpones, quijadas de perro, espinas, carbones,

gusanos, llevando esto o parte de ello diestramente escondido; y hacían la maniobra con mucha ligereza, quedando [*convencidos*] el paciente y los demás que en realidad sacaban aquellas cosas que les persuadían los brujos. Algunos llevaban algunas tazas de espuma de tabaco para untar los enfermos y en ella entraban [?] los gusanos que traían escondidos; y aunque los pacientes quedasen con sus males y despojados de sus alhajas que pedían en pago de su trabajo, no se desengañaban y los curanderos se hacían temer de todos, jactándose de tener en su mano las muertes y enfermedades de todos. Eran conocidos entre todos por su divisa, que era una banda al cuello, de que pendían varias bolsas, [*¿o de no?*], un canasto y en él las dichas bolsas, ungüentos y cenizas. Esta botica componían de lo que primero se les ofrecía para engañar nomás, excepto uno u otro simple, por ser era [*sic*] casi nada lo que con la experiencia y tradición sabían de botánica y medicina.

También eran los maestros de todas las supersticiones que practicaba y creía el vulgo: ayunaban al Diablo y su ayuno se reducía a no comer ají, sal ni pescado y separarse de sus mujeres; pero comían carne cuantas veces querían y se emborrachaban y hacían otras maldades en sus días de ayuno. Estos ayunos eran universales cuando emprendían alguna guerra o tocaba peste al pueblo. Los particulares ayunaban privadamente cuando querían librarse de algún trabajo o peligro grande.

En el parto de las mujeres ayunaban los maridos por 8 días y tenían reclusión estos ayunos. No habían de ir a la chacra, ni salir al campo, ni traer leña en aquel tiempo. Por esto, cuando se acercaba el parto (contaban los meses por las lunas) juntaban cantidad de leña y comida y prevenían una mujer que les trajese todos los días agua y chicha. Persuadíanse que si quebrantaban este ayuno se moriría la criatura recién nacida: por eso, cuando se les enseña el 4º precepto de la Iglesia, se les propone de esta manera: ‘el 4º ayunar guardando el modo de ayunar que [*f.17v*] usan y observan los cristianos cuando lo manda la Santa Madre Iglesia’.

Formaban superstición de los vientos verticales que levantan el polvo en remolino: decían que traía enfermedad y moría de ella el que tocaba el remolino: así, en viéndolo, corrían para sus casas a cerrarse o se entraban al monte si los cogía en despoblado; y, en no teniendo refugio, se daban por perdidos. En este punto es de celebrar la viveza de una accion de un muchacho: estaba jugando en la plaza cuando reparó su madre se levantaba cerca de él un remolino; gritóle al punto para que se apartase diciéndole ‘**huye, corre, recógete a casa, no sea que te alcance el remolino**’; pero el muchacho, al contrario, corrió para él y estuvo saltando sobre él hasta que se deshizo; volvió luego para su madre y le dijo: ‘**por ahora estoy seguro de enfermedad, por haber pisado el remolino y tengo esos temores por disparates, que así me lo han enseñado los Padres**’. De las aves formaban también sus agüeros: cuando volaba el picaflores cerca de alguno, esperaban huéspedes que les habían de traer nuevas alegres; cuando veían caer una ave muerta sin haberla flechado, era señal de muerte al que más se acercaba o de venida de enemigos al pueblo donde caía; cuando entraba de noche la lechuza, era señal de grandes calamidades y desgracias.

Tenían pacto con el Demonio en algunas yerbas y plantas. El *Jomo* con [*que*] se pintan, que es [*¿fucita? ¿fuesta?*] servía para hechizo de beneficio y ligar las enfermedades. *Epiche*, otra yerba, servía para hechizos amatorios y atraer la voluntad de las mujeres; floripondio, para saber cosas ocultas y que cuando se les perdía alguna cosa bebían el zumo de sus hojas y en algún delirio o letargo que naturalmente causa, les representaba el Demonio adónde estaba y la hablaban.

§ 16

Costumbres viciosas de estos gentiles

Estaban poseídos del vicio de la pereza y aficionados a estar siempre echados en la hamaca meciéndose como niños [f.18] todo el día entero en ella; cuando la necesidad obliga al trabajo, es de mala gana y por corto tiempo, de modo que un indio del Perú trabaja más en medio día que uno de éstos en 8 días. Para esto les ha dado ansa (sobre no necesitar trabajar para vestidos, pues andan desnudos) la fertilidad de la tierra, que fructifica casi sin cultivo y les provee de alimentos con abundancia sin que se fatiguen en labranza; también concurre el no tener ellos elección de manjares, pues con cualquiera cosa se contentan: en encontrando un árbol cargado de fruta se entregan en ella y no cuidan de más comida en aquel día; sólo procuran comer mucho, sin elección de viandas, sea de esta o de aquella especie.

Las mujeres trabajaban bastante, por la gran cantidad de chicha que gastaban y ellas solas atendían a su fábrica. Hilaban de noche algodón grueso para sus hamacas; y de día, delgado para telas, cintas y fajas. Otro hilo muy delgado y fuerte hacían de una palma que se usa para coser y atar a las saetas plumas. El modo de hilado era con pies y manos, torciendo el huso con la mano y con el pie gobernándolo. Algunas naciones cargaban todo el trabajo a las mujeres, haciéndolas traer leña, cultivar la tierra, acarrear los frutos, cocina, etc., y los hombres no trabajaban.

Eran y aún son aficionadísimos al fuego: siendo el clima tan ardiente que los rayos del sol abrasan, todavía no se hallan sin candelada; y aunque se les añada sobre el ardor del sol una calentura ardiente de un fuerte tabardillo, apetecen no obstante el fuego y esparcen brasas debajo de la hamaca. El modo de calentarse es al trocado, vuelta la espalda al fuego y el rostro para afuera; cuando toman el sol la cara va a la sombra.

No miraban lo futuro ni conocían más tiempo que el presente: así, no tenían providencia para prevenir los acasos que les podía suceder. Duros de cabeza, con inflexibilidad en sus dictámenes, destituidos de prudencia, observadores de costumbres antiguas, sin discreción para dejar las malas y seguir las buenas y útiles. Lo que uno ideaba seguían todos, sin reflectir si acertaba o erraba. Amigos de jactarse de lo que adquirirían con su industria, pero lo que les daba [n] otros de regalo escondían y recataban. Grandes noveleros y excesiva curiosidad en novedades fútiles: cuando venía un huésped [f.18v] acudían todos en tropa a averiguar qué era lo que traía, de dónde, a qué venía. Si cazaban algún pájaro extraño o animal se conmovía todo el pueblo para verlo y por muchos días tenían que hablar de él. Averiguadores de vidas ajenas, acechando por las rendijas cuanto pasa en otras casas, para levantar chismes y cuentos, a cualquiera que encuentran preguntan luego a dónde va y qué negocio lleva. Cuando ven a alguno que está hablando con otro o sale de casa ajena, luego lo preguntan, llaman para preguntarle lo que ha hablado; y esto es tan natural entre ellos, que un muchacho llama a un anciano para preguntarle, un hombre vil a un Capitán para averiguarle lo que han tratado; y lo más admirable es que el viejo y Capitán se paren a darle cuenta de lo que han tratado muy despacio, a dar satisfacción a su curiosidad impertinente.

Este exceso de curiosidad de genio, se acompaña con el defecto de curiosidad y aseo que pide la decencia humana en varias acciones: mientras están comiendo (comen sentados en la tierra o

en un[*a*] piel de ciervo) se estan tentando aquellos pies inmundos que acaban de pasear los muladares, entreteniendo en esto las manos con que comen mientras mascan el bocado; y aun los licores y caldos, beben con la mano sirviéndose como de cuchara, bien que tal cual suele servirse de concha de nácar. Ni reparan en que esté[*n*] mezclado[*s*] con polvo o ceniza los manjares, ni se lavan las manos cuando se sientan a comer. Después que se redujeron a vestirse, sobre ser los vestidos sin proporción o ajuste ni medida al tamaño, les vuelven al revés, desaliñados por adentro la tela y el forro o revés, ya por afuera; y si es algún vestido de colores, van la pintura o colores para adentro.

§ 17

De su reduccion a policia y cristiandad

Han ido cultivando esta gente los misioneros de la Compañía por espacio de 78 años, desbastando sus rudos genios, desterrando sus costumbres bárbaras, disipando supersticiones e idolatría y plantando la fe católica, enseñando la vida política y ejercitándolos en acciones propias de racionales.

[f.19] Entablaron gobierno civil nombrando con autoridad real Alcaldes, Regidores, Alguaciles y otras varas de justicia que los mantienen en obediencia, celan las costumbres, castigan los delitos y deciden los pleitos y diferencias que hay entre ellos. Se nombró Gobernador por el Señor Virrey de Lima, con título de Capitán General y facultad de convocar los Capitanes particulares de todos los pueblos y levantar gente de guerra con expediciones militares que ocurriesen; y han desempeñado este empleo con felicidad y acierto en ocasiones en que ha sido conveniente valerse de las armas para castigar rebeldes y contener gentiles en fronteras. Cuando se alzaron los Mobimas del pueblo de San Lorenzo, apostatando de la fe y sacudiendo el yugo de la obediencia al Rey, declarándosele rebeldes, los sujetaron éstos con sus armas, vencéndolos en la batalla, mataron a muchos y a los demás trajeron prisioneros de guerra a los pueblos fieles, en donde con el ejemplo de los otros se domesticaron y redujeron. Varias veces han prevenido armas para reprimir la insolencia de los Itenes, que cometían hostilidades en pueblos de cristianos. Así aprisionaron [*a*] los Ibocos, desalojaron a los Heriseboconos de nuestras fronteras, forzándolos a retirarse a lo más remoto de los bosques. Casi han acabado con los Guarayos, gente tan inhumana y cruel, que sale a caza de hombres como de ciervos, buscando los hombres para comerlos, que tienen por regalo el mantenerse de ellos. Han aniquilado [*a*] los Captayos, ladrones bandoleros que, sin tener casas, andaban vagos por los montes y salían al camino a matar y despojar los pasajeros.

Se han introducido los oficios mecánicos conducentes al bien común de una república y necesarios a los particulares de ella: herreros, carpinteros, albañiles, sastres, etc.; también el beneficio de la azúcar, género de que han gustado mucho los indios y se da con abundancia en esta tierra. [f.19v] Los misioneros no la introdujeron por cebar su golosina, sino con el fin que tuviesen con qué comprar de los españoles ropas y herramientas; pero ellos no se pueden ir a la mano en chuparla.

Han entablado también estancias de ganado vacuno y caballar para el sustento fijo de los indios y para que tengan algún alivio en sus acarreos y caminos; y con haber pasado muchos años desde que los misioneros introdujeron estos ganados a esta tierra, conservan todavía vivo el

agradecimiento a estos beneficios. Se acuerdan de las contingencias y trabajos de que dependía[n] en su gentilidad el sustento, que buscaban en caza y pesca. Y no menos tienen presente lo que padecían en sus viajes a pie, descalzos por entre espinas y malezas y, lo más temible, víboras escondidas en las yerbas, de que se ven seguros caminando a caballo y con más alivio.

De las artes liberales se ha introducido la música de voces e instrumentos, poniendo escuela de muchachos en los pueblos, [para] aprender de leer, escribir y canto de órgano; y en llegando a edad proporcionada, se elijen los de buena voz a su ejercicio y pasan los demás a instrumentistas: órganos, arpas, chirimías, bajones, clarines, violines, etc. No se hallan todavía entre ellos compositores de solfa, pero se aplican bastante a cantar los papeles que los Padres adquieren del Perú y Europa.

No alcanza la capacidad de estos indios al estudio de la medicina especulativa: sólo han podido aprender el uso y práctica de algunos medicamentos; pero su aplicación esta reservada a los misioneros, quienes, sobre el continuo trabajo en la asistencia a lo espiritual de sus almas, tienen el de estudiar esta facultad, para proveer de alivio a las enfermedades que padecen, de Cirugía y Botánica; se instruyen los indios medianamente, pero para el uso y aplicación dependen también de los misioneros.

§ 18

Su perseverancia en la fe y algunos casos en confirmacion de ella

Se han mantenido por lo general estos indios en la fe [f.20] católica, que recibieron sin sospecha de apostasía ni alzamiento. Algunas parcialidades flaquearon al principio, pero volvieron a reducirse luego. Las demás se convirtieron de veras, dejando supersticiones gentílicas y admitieron de corazón el Evangelio. Pidieron a los misioneros que no se cansasen en inculcar sobre lo que hacía[n] cuando gentiles, porque se corrían y avergozaban de haber sido tan malos, además de no tener adhesión alguna a ello. Y para facilitar más su perseverancia, concurrió Dios con su providencia castigando a tal cual que se desmandaba.

Corría una peste o epidemia de las muchas que había en estas tierras cuando, parlando una noche varios indios, se lamentaban de la mortandad de sus parientes: **‘Esto proviene, dixo uno, de que los Padres no saben curar nuestros enfermos ni aciertan los remedios. Cuánto mejor lo hacian nuestros antiguos hechiceros! Oh si ellos ejercitaran sus oficios no lloraríamos ahora a nuestros parientes muertos!’**. A poco se sintió aquel indio herido de la peste y con una congoja interior que le ponía a punto de muerte, envió a llamar al Padre y le dijo: **‘Padre, Dios me ha castigado por haberme desmandado en estas palabras’** (contóle lo que había hablado), **‘pídele que tenga piedad de mí y por su misericordia me alivie de esta congojas mortales que me aflijen’**. El Padre le exhortó a penitencia y que se confesase de aquel y otros pecados; y con esta diligencia quedó aliviado, sano; y contaba el caso a los demás indios por que en su cabeza escarmentasen.

Mejor procedió otra india en caso parecido al pasado: padecía un fuerte dolor de costado y conociendo el Padre que se moría, [le aconsejó] se dispusiese al último trance recibiendo los Sacramentos; confesóse, recibió el Viático y Extremaunción y a la noche inmediata vinieron a tentarla sus parientes: propusieronle que, puesto que el Padre no le daba esperanza de vida y la

había desauiciado, ellos le traerían hechiceros que la sanasen. **‘Eso no -dijo ella- todos hemos de morir y ya llegó el tiempo, sólo hago cuenta de la vida del alma; vosotros queréis quitármela con ese pecado y que sea entregada a los Demonios en muriendo. Apartaos de aquí, [f.20v] no me habléis más de eso; ya me he confesado y recibido a Nuestro Señor Jesucristo, que está en el Santísimo Sacramento; con esto estoy contenta, con su gracia y no quiero más vida que la del alma’**. Por la mañana llamó al Padre y le dió cuenta de lo que le había pasado aquella noche con sus parientes; pidióle que [no] le [s] permitiese más entrar en su casa y desheredólos de sus bienes, rogando al Padre los repartiese entre los pobres en muriendo ella, como se ejecutó luego.

Vino un Capitán muy afligido al Padre, diciéndole que le habían puesto hechizos en su casa para que enfermase. Fue el Padre que, por influjo del mismo Padre, perseguía el dicho Capitán [a] un Indio de quien se sospechaba ese maleficio aun despues de haberse bautizado y el perverso, por amedrentarlo, buscó ocasión en que estuviese su casa sola y, entrando en ella, puso varios envoltorios y figurillas. Esto hizo delante de testigos para que se lo contasen: **‘Ahora verá éste -decía- lo que yo puedo y de qué le sirve la vara de Ministro o Justicia y confianza con el Padre para librarse de estos males’**.

Fue el Padre a la casa y era tanto el miedo que tenía el Capitán, que ninguno se atrevía a entrar adentro; reprendióles aquel temor vano y al fin entraron y registraron toda la casa. Tomó el Padre los envoltorios y figuras, los desbarató y arrojó al suelo, pisándolos y les aseguró que no padecerían daño alguno si tenían fe firme y confianza de cristianos. Así fue que ni al Padre ni a los indios les vino enfermedad alguna por haber tocado los envoltorios y embustes del hechicero; al contrario, el infeliz embustero parece que de contado recibió la pena del Talión por su delito, porque luego le vino una enfermedad incógnita que lo postró a la hamaca con tan vehementes dolores, que le parecía atravesaban todos sus miembros con puñales. Duróle por espacio de 3 años este tormento y con él se fue consumiendo poco a poco hasta no quedarle más que la piel sobre los huesos, figura de un esqueleto; murió al fin habiéndose confesado muchas veces en este tiempo y dejando bastantes señales de su arrepentimiento.

La acción que hizo este Misionero en tratar con desprecio los hechizos y embustes de aquel indio [f.21] y reirse del temor y miedo de los otros, era el modo ordinario de los fundadores para desterrar de ellos los engaños del Demonio y supersticiones que creían. Aquellos árboles que espantaban tanto a los gentiles y eran como adoratorio de Demonios, cayeron a golpes de hacha de los recién bautizados por mandado de los Padres y vieron los que aún eran gentiles que no recibieron daño alguno al cortarlos, antes percibieron la utilidad de su madero para sus fuegos. Lo mismo otros lugares, lagunas y montes que vanamente observaban por las apariciones de los Diablos y haberles amenazado con pena de muerte si llegasen a aquellos lugares. Dichos sitios pasaban con intrepidez los Padres, llevando consigo indios fieles que, a vista de los gentiles, los hollasen. Entonces veían que ninguno moría ni padecía algún espanto y se desengañaban de que era verdad todo cuanto los misioneros les decían y mentira, cuanto creían de los Diablos.

No eran éstos del genio de aquellos antiguos gentiles que se irritaban y tocaban al arma si les tocaban a sus bosques y estatuas consagradas de los Demonios. Era esta gente humilde y dócil y de tan buena índole, que no tuvo en esto alguna repugnancia; por eso pudieron los misioneros, sin faltar a la prudencia debida, entrar desde los principios despreciando lo que tenían y hollando lo que adoraban.

A los primeros lances que trataron éstos a los Padres hicieron concepto de que los excedían incomparablemente en capacidad, sabiduría y experiencias; y al mismo tiempo reconocieron los errores e ignorancias en que vivían. Con estos dos principios se aplicaban a aprender lo que les enseñaban y no ponían duda en hacer cuanto les decían. Así corrió sin tropiezo la predicación del Evangelio y en breve tiempo se bautizaron tantos y fundaron muchos pueblos.

No precedió motivo de credibilidad en milagros ni obró Dios especiales prodigios por los primeros misioneros: no había en estos indios dureza, repugnancia, ni obstinación de genio. Dura aún hasta ahora en ellos la facilidad en creer lo que los predicadores les dicen, y esta docilidad e ingenuidad para lo que se les enseña. No [f.21v] se les ofrecen razones ni argumentos en contra; se dejan llevar de la pía afición para creerlo. Así dispuso su reducción al Cristianismo la Divina Providencia que, mirando su inclinación natural en otras materias, bastantemente se experimentan tenaces y duros de cabeza.

§ 19

Buenas costumbres de estos indios

Han ayudado a la conquista espiritual de otras naciones, escoltando a los misioneros con sus armas y cooperando con su industria y trabajo; y hasta ahora lo están haciendo para las nuevas reducciones de gentiles que viven hacia el norte. Acompañan a los misioneros, los llevan en sus embarcaciones con gran cuidado y asistencia; hablan a los gentiles con eficacia para que respeten a los sacerdotes y les obedezcan como ellos y los amenazan con destruirlos si se desmandaren maltratándolos. Provéenles también de alimentos, de ornamentos y alhajas para fundación de nuevas iglesias, de trastos de casa y bienes muebles necesarios para fundar pueblos nuevos.

Aquella suma pereza que tenían radicada cuando gentiles, han vencido en orden a lo perteneciente al culto divino y asistencia a los misioneros. Han fabricado iglesias hermosas y capaces, trabajando con gusto en estas obras. Han hecho casas para los Padres tan bien acomodadas y mejores que algunos colegios entre españoles; y aunque la falta de materiales en esta tierra no permita fortaleza y duración en estas obras, que son de adobe y madero por la falta de cal y piedra, todavía cuando se maltratan con buena voluntad y gusto las renuevan. Se esmeran también en el aseo y adorno de los templos, negociando muchos y ricos ornamentos, alhajas de plata para los altares, cálices, custodias, candeleros, etc.; el adquirir [los] les cuesta muchos trabajos y diligencias, que hacen con gusto por mantener la decencia debida a las iglesias. Por no hallarse minerales de plata ni de algún otro metal en estas tierras, [f.22] es necesario traer de afuera así dichas alhajas como campanas y herramientas para trabajar las maderas. Y por no ser decentes para ornamentos tejidos de algodón (único lienzo que se fabrica en esta tierra) compran de los españoles telas de lino y seda.

Esto lo hacen con géneros del país y el más valoroso [*sic pro: valioso*] entre ellos es la cera. Para cogerla, gastan a veces meses en el monte, observando algún árbol en que anidan las abejas, porque no tienen colmenares fijos ni admiten domesticarse las de esta tierra, de especie muy distinta de las europeas: después de cortar el indio un tronco, apenas saca una libra de cera y muchas veces se halla burlado, porque llega el tiempo en que empezaban a fabricar las abejas y para juntar cantidad necesita de buscar muchos árboles, registrando varios montes y gastando

largo tiempo, durmiendo a la inclemencia, sufriendo al descubierto cuando llueve y manteniéndose con tenue y escaso alimento, que se reduce a una talega de maíz que llevan de provisión y ha de gastar con economía para que el alimento alcance todo el tiempo que continúa en el cereo [*sic*]. Semejantes trabajos padecen con buena voluntad estos indios y los toman con alegría por mantener el culto divino y tener que ofrecer a Dios (en reconocimiento del beneficio de haberlos llamado a su Iglesia) algunas alhajas en su templo.

§ 20

Obras de piedad en que se ejercitan

No es mucho tengan estos indios tanto amor a sus iglesias cuando es tan frecuente su asistencia en ellas: oyen Misa no sólo todos los domingos y fiestas, si no es entre semana, faltan raros a ella. Asisten a la que se canta todas fiestas y pascuas y tres veces entre la semana: lunes por los difuntos, viernes al Santo Cristo, sábado a Nuestra Señora. Por alcanzar la Misa, los que están en viaje suelen caminar de noche para llegar [*f.22v*] a tiempo de oirla. Por el Jubileo de Quincuagésima sólo a cosa precisa salen en aquellos tres días de la iglesia. Lo mismo en la Semana Santa acompañan el monumento y no se apartan hasta que se quita. Continúan acompañando los pasos o imágenes de Nuestro Señor que se exponen en andas para las procesiones. Las Pascuas de Resurrección y Navidad y en las fiestas de Nuestra Señora frecuentan todo el día las iglesias.

Es también indispensable en ellos la asistencia a todos los sermones o pláticas, no como en otras partes en que acude el que quiere y los demás se quedan paseando o en sus casas. No permite esta libertad aquí el fervor y celo de estos cristianos nuevos: al toque de la campana acuden todos y si alguno se queda, la vigilancia de los fiscales los descubre y obliga. Oyen sermón todos los domingos y fiestas, todos los días de la semana, los dos viernes de Cuaresma y 8 días antes del Jubileo; y entre semana, varias pláticas, explicaciones de la Doctrina Cristiana. Ésta rezan los adultos en la iglesia los domingos y fiestas y todos los días por la noche en tiempo de Cuaresma. Los muchachos, todos los días del año se juntan a rezarla dos veces. Con este continuo ejercicio y la explicación frecuente de ella se hacen expeditos en la inteligencia de los artículos sagrados, misterios y oraciones.

Concurren todos los días a rezar el Rosario de Nuestra Señora a prima noche y los sábados asisten a la Salve y letanía cantada, y después cantan el Rosario por las plazas llevando una imagen de esta advocación en un trono adornado. En las fiestas titulares y los días del Corpus se hace procesión solemne con varias devotas imágenes que, para cebo de su devoción, han adquirido los Padres y ellos las celebran con todo regocijo y aparato de luces, [*f.23*] flores y danzas; gustan mucho de esta celebridad de procesiones y si alguna se impide por la lluvia, todo aquel día están tristes y lamentándose.

Devotos y compungidos, tienen también sus procesiones en la Semana Santa, sacando todos los pasos de la Pasión Sagrada: iluminan de velas y visten de ramilletes las andas y todos los que no se ocupan en penitencias, con luces en las manos, en estos tiempos se afervorizan tanto, que es menester irles a la mano en disciplinas de sangre y otras penitencias que, por excesivas, pasan de raya. La mañana de Pascua sale la procesión alegre con el Señor Resucitado y todos, hombres y mujeres, van con luces cantándole alabanzas.

En su punto la frecuencia de Sacramentos: confesiones, todas las fiestas principales, jubileos y pascuas; cuando se predicán sermones de misión hacen más confesiones generales; y para recibir el Viático confiesan también generalmente las culpas de la vida pasada. Se previenen con la confesión cuando emprenden viaje largo y las mujeres, antes del parto. También confiesan y comulgan el día del santo de su nombre y los días de los Santos de la Compañía y otros principales.

Ya bien instruídos en la fe y creencia de la inmortalidad del alma, tienen cuidado de asegurarla procurando antes de morir hacer las diligencias conducentes, así en las confesiones generales como en frecuentes reconciliaciones y ganar indulgencias. Cuidan de hacer sufragio por los difuntos, rogando a los sacerdotes que les digan Misas y ofreciendo por ellos confesiones, comuniones, limosnas y obras pías.

Rocían con agua bendita las sepulturas de los difuntos y tienen de ella provisión bastante en sus casa para los moribundos y cuando entran y salen, cuando se acuestan y levantan. Acabada la procesión [f.23v] de ramos, guardan las palmas benditas confiados de su virtud contra los rayos, de que por las frecuentes tempestades tienen muchas amenazas. Conservan el Miércoles de Ceniza la que sobró aquel día para ponerla a los enfermos entre año. Tanta codicia tienen de las cosas que bendicen los sacerdotes, que el Sábado Santo, acabada la bendición del fuego, se arrojan al brasero y cogen los carbones encendidos con la mano, sin reparar en quemarse por lograrlos. Recogen con devoción las flores que se ponen por adorno a Nuestra Señora y a otros enfermos y las aplican con confianza a los enfermos para que sanen. Estiman sobremanera las medallas, reliquias e imágenes; especialmente de Nuestro Santo Padre San Francisco Javier experimentan muchos favores aplicando sus imágenes. En partos peligrosos acuden a la medalla de Nuestro Santo Padre y el que arrojen la criatura muerta podrida en las entrañas de la madre es favor del Santo frecuentemente experimentado.

Tienen también su ejercicio entre éstos las obras de misericordia competentes a su estado. Ejercitan la hospitalidad, no sólo con los conocidos y parientes, sino también con los extraños de diversas naciones; y esto con tanta generalidad, que a ninguno le falta cosa en pueblo ajeno. Cualquier huésped halla de balde, sin costo alguno, casa en donde hospedarse, comida en abundancia y provisión para la vuelta para su patria, aunque sea la primera vez que hace viaje y no tenga conocido alguno en otro pueblo hasta que vaya al pueblo de cristianos.

No hay mendigos en estos pueblos por la Providencia que dada [*sic pro: han dado*] los Padres misioneros para que todos tengan seguros alimentos; mas no por eso dejan de ejercitar la limosna en otras cosas. Hay algunos impedidos, baldados y habituales enfermos: a éstos proveen de vestidos, a los viudos y huérfanos. Dan a las viudas casa, comida y algodón para que se vistan; y cuando un niño queda sin padres, salen muchos pretendientes a adoptarlo por hijo y [f.24] criarlo en su casa. En estas obras de piedad y misericordia se echan de ver los fervorosos ejercicios de estos nuevos cristianos.

Éste es el estado en que al presente se hallan las Misiones de Mojos. Todos los pueblos de ellas se han disminuído en número de gente desde que se fundaron hasta hoy, a causa de las pestes; y algunos han llegado al estado de deshacerse. Los más de los indios que las habitan fueron bautizados párvulos, hijos de padres cristianos. Hay todavía algunos catecúmenos que se reco-

jen de los gentiles retirados y éstos se reducen fácilmente y amoldan al ejemplo de los buenos cristianos. También hay esperanzas de que se conviertan las naciones bárbaras confinantes.

FINIS

NOTA. Los Pueblos de San Pablo, San Simón el viejo y nuevo y Santa Rosa están dejados: unos porque se han consumido; otros porque los han ocupado los portugueses.